

fernando fabio sánchez

**redes,
blanco y negro**



PAPEL'S D  LA RANIT





**redes,
blanco y negro**



fernando fabio sánchez

**redes,
blanco y negro**

PAPEL'S D  LA RANITA

OTRAS OBRAS DEL AUTOR
Los arcanos de la sangre
Poseción de naves
Vida, sucesión y muerte
Clásicos en el destierro

© 2003, Fernando Fabio Sánchez
Torreón, Coahuila, México
fernandofabio22@hotmail.com

Publicación no venal

Editor: Jaime Muñoz Vargas
Iberia Editorial
Torreón, Coahuila, México
irritililla2001@yahoo.com.mx

prólogo

A Fernando Fabio Sánchez le adeudo unos renglones. En diversos momentos él me ha recordado que nuestra primera conversación se dio en las oficinas de la revista *brecha*, en la torreonense calle Falcón. Allí lo llevó mi amigo y casi hermano Adrián Valencia, quien era para entonces su maestro de fotografía. Adrián me había prometido aquel encuentro con éstas o parecidas palabras: «Tengo un alumno que escribe; creo que

lo hace muy bien. Lo voy a llevar a la revista para ver si es posible que le publiques algo». Y lo llevó. Eso fue en el 94 o 95, no recuerdo. Desde entonces tengo para mí que él es uno de los escritores más talentosos y versátiles de La Laguna y, lo que también es importante, uno de los más nobles y generosos. Lo comprobé cuando fue mi alumno en un taller literario donde, por cierto, asistió durante un semestre como único y solidario militante.

Los años han transcurrido luego de sus primeras colaboraciones como cuentista de *la tolvana*, el suplemento que edité durante ocho años. Fernando Fabio terminó su carrera, se casó, tuvo una hija y se fue a tentar suerte en los Estados Unidos. Buen rato lo pasó por el rumbo de California, donde lo distrajeran algunos trabajos de mera supervivencia hasta que consiguió ingresar a la prestigiada Universidad de Boulder, en Colo-

rado, donde se abocó al despachamiento de una maestría en Letras y donde también cursó las severas asignaturas propias del doctorado.

Entre ese trajín, Fernando Fabio ha producido una buena cantidad de libros: el espléndido cuentario *Los arcanos de la sangre*, los poemas de *Posesión de naves* y dos títulos de ensayo reunidos en *Vida, sucesión y muerte* y *Clásicos en el destierro*. En todas esas páginas se levanta, como ya insinué, la llamarada del talento. Pese a su juventud, Fernando Fabio ha sido capaz de organizar una obra seria, responsable, sólidamente edificada sobre los cimientos de la imaginación y del buen juicio.

Para llegar a donde está no ha necesitado correr. Sus páginas dejan apreciar que tiene claro el espíritu no contingente de la literatura; en otras palabras, le interesa la calidad más que el inmediato reconocimiento o el pasajero aplauso.

Con él he sostenido muchos diálogos donde también me ha dejado ver su tenacidad inquisitiva: la realidad le asombra, el sentido —¿el sinsentido?— de la vida lo mantiene fabricando preguntas y respuestas que se rehacen a cada paso como si presintiera que las certezas son, paradójicamente, lo más incierto. Dados los embates de la rutina académica, cada que lo escucho o cada que leo sus cartas me enfatiza que la única salvación está en el arte, que la poesía o la narrativa son, para él, los escudos contra el tedio y el acartonamiento.

Es mi amigo, en suma; es un gran prosista en la narrativa y un agudo observador en el ensayo; además, es un poeta dotado. Me enorgullece entonces presentarlo, compartir a otros su amistad y su talento.

JAIME MUÑOZ VARGAS
Torreón, 22, septiembre y 2003

redes,
blanco y negro

Ese día por la tarde cuando Felipe Ángeles Cardoza llegó a la biblioteca, se dio cuenta que el volumen de fotografías en blanco y negro sobre la vida del escritor Luis Martín Cervera no estaba en el estante. Fue en ese momento cuando empezó a sentirse más vulnerable que nunca, pues ese evento se anudaba con otros en su mente despertando un miedo súbito a existir, un deseo urgente de dormir y desvanecerse de la realidad.

Buscó de nuevo con la esperanza de que encontrar el volumen en otro lugar. Tal vez la última vez que había venido a la biblioteca se había equivocado y lo había puesto en otro anaquel. Lo buscó por el número de catálogo, y luego por su color, por su tamaño, por grosor. Fue inútil. No pudo hallar esas imágenes a las que había recurrido desde los primeros días su viudez, durante las tardes lluviosas y las tardes insoportables de los viernes, durante ocasiones inesperadas cuando lo único que podía calmar sus nervios era tomar el libro y observar las fotografías y todo lo que ellas le decían en secreta resonancia.

Le gustaba en especial la fotografía donde Luis Martín Cervera escribía *Los días del alma* en una vieja casa de la ciudad París: estaba tras un cristal salitroso, sentado frente a su máquina de escribir y tras él estaba una puerta de madera muy vieja que daba la impresión

de que se podía caer en un montón de astillas con un solo contacto de los dedos.

Felipe no sabía por qué hojear ese libro —y ver en especial esa foto— lo salvaba de un día más de angustia y soledad. Sin embargo esta vez era diferente y no podía encontrar en esas imágenes su reescritura. El frío de la tarde le dolió todavía más cuando alguien le dijo que tenía que salir de la biblioteca porque estaban a punto de cerrar.

Dos semanas antes había descubierto en su casa que el cristal azul de la puerta metálica estaba quebrado. Pensó, en la negrura de la noche, que alguien había entrado a la casa a robar y que, tal vez, estaba esperándolo adentro para hacerle daño. Temeroso, empujó la puerta y entró pisando los pedazos de vidrio que se esparcían por el suelo. Gritó, primero en la oscuridad, y después, nervioso, incom-

pleto, extraño, bajo la luz amarilla del foco del pasillo. Revisó las habitaciones. Apparentemente nadie estaba en la casa. Hizo un rápido inventario —lo más profundo que le permitía su memoria, pues había objetos que ya había olvidado que existían en su casa— y al fin supo que lo único que faltaba era la lámpara de pedestal que estaba en la esquina de la sala y que él solía encender todas las tardes cuando regresaba.

Felipe quiso tranquilizarse, sin embargo el doméstico escenario no era el mismo. Miraba los muebles de una manera diferente. La textura de sombras que les daba su apariencia era una inscripción en la que no podía encontrarse. Parecía que la luz que sólo emanaba del pasillo engendraba otros objetos y, terroríficamente, otro Felipe. Empezó a sentirse nervioso. Pero no era una angustia provocada por los pedazos de cristal que recogía

y que atestiguaban el robo de la lámpara. No era así; y eso lo asustaba todavía más. ¿Por qué empezaba a acordarse de su esposa? Pero, ¿la recordaba a ella o al tiempo que surgió después de su ausencia? ¿Recordaba al Felipe que tuvo que crear para lograr la supervivencia? Aquél día que Felipe había sentido morir a su esposa Elizabeth en aquella cama de hospital con sábanas verde oliva, empezó a pensarse como aquel individuo que había existido alguna vez sin conocerla. Revivió en su mente la persona que había sido en aquellos años cuando se había mudado al norte del país y había cambiado la selva por el desierto. Felipe no se empeñó en verse como un muchacho, sino como aquél que podía respirar y latir sin la presencia de Elizabeth.

En el funeral, los pocos amigos que asistieron se extrañaron de que Felipe no se desbordara en lágrimas y llantos, que no se des-

moronara y se dejara morir por la soledad. No sabían que él ya había levantado una secreta construcción y que miraba el cuerpo anciano y ajeno de esa mujer que moría de tras el rígido cristal como algo por lo que no tenía motivos para llorar, que era algo que no estaba perdiendo porque nunca lo había tenido.

No era que Elizabeth mereciera el olvido. En realidad ella había significado la razón de sus afanes. Por más de cuatro décadas, él había fabricado su vida en relación a ella, había partido el tiempo, acomodado los muebles de la casa, las plantas en las macetas rojas, los libros, las fotografías en los marcos de metal y en los álbumes de hojas negras, las pinturas de paisajes del corredor. ¿Cómo seguir siendo el mismo sin la voz de Elizabeth, sin su aroma, sin su calor del otro lado de la cama? ¿Cómo seguir sufriendo la agonía si él en realidad ya se había muerto con ella

en aquella cama? ¿Cómo despertar con la rutina construida con Elizabeth al lado, si por más que la llamara, ella no iba a acudir a completar el otro lugar en la trama?

La rutina también exigió una reinvención. Retirado, con toda la jornada libre, poco a poco fue formulando cadenas de costumbres que se relacionaban —decía— con ese individuo que había encontrado. Y halló secretamente esa seguridad, esa coherencia que no conseguía de ninguna otra manera. Cuando llegaba a la casa, subía las escaleras pisando un sólo color de los azulejos de ajedrez. En la puerta, insertaba la llave en la cerradura y daba un giro inverso; luego torcía al otro lado y entraba. Si era de noche se dirigía a prender la lámpara de pedestal, y luego el candelabro que alumbraba el pasillo que daba a su recámara. Entre luz y sombra activaba la radio y escuchaba episodios novelescos de la

época de su juventud. Le gustaba en particular la forma en que actuaba Arturo de Córdoba en «La policía siempre vigila»; tal vez porque había sido el actor favorito de Elizabeth.

Abría una cómoda y sacaba una botella de ron. Lo servía en una de las copas del trastero para luego esperar a que terminara la radio novela. En ese momento daba tragos a la copa y dejaba que se fuera media hora más.

Cuando el sueño lo empezaba a deshacer, se levantaba de la mecedora y caminaba por el pasillo, entraba a su recámara, localizaba un pequeño tablero de madera forrado con terciopelo rojo, y dejaba allí su cartera, su paño, su peine, sus monedas. Se quitaba la camisa y el pantalón, y los colgaba con cuidado en el armario. Acomodaba las almohadas de manera que no le lastimaran la espalda, se acostaba en la cama, se cubría hasta los hombros con las sábanas verde oliva y comenzaba a

recordar algún evento de su juventud, a veces de su niñez, y se sorprendía cuando los detalles del pasado iban emergiendo cada vez más claros y poderosos, a diferencia de los del presente que parecían borrarse, irregulares e inaccesibles.

En la cama se pensaba como un niño, recordaba a sus amigos, los rostros de sus padres, de sus abuelos, y reconstruía conversaciones y pensamientos inconclusos, deseos que alguna vez pudo tener y que algo impidió su realización. Sin embargo en ocasiones se asustaba porque dentro de su pensamiento se insertaba con violencia la imagen del presente, su imagen que era vieja, más vieja aún que sus padres y sus abuelos porque ellos habían muerto más jóvenes. Ellos eran viejos pero jóvenes y eternos, y él era un niño anciano que seguía envejeciendo. Esto sucedía en sus sueños, y se despertaba en medio de la

noche silenciosa, y lo único que podía hacer era cubrirse por completo con las sábanas y rogar para que reinara el insomnio o para que, por lo menos, llegara un sueño sin imágenes que lo enfermaran de presente.

Una semana antes del evento del cristal roto, en el restaurant donde acostumbraba desayunar, Felipe observó en la televisión la noticia de un hombre que había estado muerto en su departamento por dos años, evento que nadie conoció hasta que el dinero que tenía en el banco se acabó. Las compañías de luz, agua y teléfono descontaban su cobro automáticamente de la cuenta de este alemán. Después de dos años, una de las empresas, extrañada por el incumplimiento de su cliente tan regular, mandó a un técnico a su casa, encontrándolo muerto frente al televisor.

Felipe, al imaginar que, tal vez, una noticia como esa misma que él estaba escuchando había provocado el fallecimiento del hombre, se dijo que acertaba en la decisión de no encender la radio a otra hora que no fuera la hora de la radionovela; aunque después se dio cuenta que no recordaba ni siquiera cuál era esa hora. ¿Era en la mañana? ¿En la tarde?

Al otro día no pudo persuadir a la dueña del establecimiento que no sintonizara el canal de las noticias. Así que decidió desayunar en casa. Pero no duró mucho el intento. La radio en la sala, el peligro de encenderla por equivocación, y estar en casa en un tiempo inusual, lo angustiaban.

Intentó salir y comer en otro lugar, pero tampoco dio resultado. Se sentía nervioso, desteñido. No tuvo más remedio que regresar al mismo restauaran, a la misma silla, a la

misma mesa, no sin antes esperar afuera del establecimiento hasta que pasara el noticiero.

Años antes, en ocasiones como esas, Felipe mostraba más habilidad para adaptarse. Ahora empezaba a sospechar que esa capacidad se estaba extinguiendo. ¿Era por su edad? Felipe había descubierto, por ejemplo, que llevar una contabilidad minuciosa de los gastos diarios le proporcionaba cierto equilibrio emocional. Pero no sólo el simple hecho de anotar los gastos y relacionar las notas con los artículos recién comprados era parte del ritual, sino también lo era escoger con cuidado los lápices y el cuaderno donde apuntaba los datos. No procuraba los más ostentosos, no. A veces se decidía por aquellos cuadernos de pastas duras con líneas horizontales de color azul y una roja vertical en el extremo izquierdo; otras, por los cuadernos con espiral metálico. El

momento de ir a la papelería se convirtió en un evento deseado y excitante. En ocasiones adquiría cantidades que le podrían durar años, las cuales almacenaba en la gaveta de su casa. Se sentaba frente a las pilas de cuadernos y cajas de lápices, y contemplaba en ellos una masa que inexplicablemente le ayudaba a ignorar el reloj, el aburrimiento y la ansiedad.

En la calle le gustaba seguir las mismas rutas. Si iba a cobrar su cheque de jubilación, acostumbraba andar por Fernández y doblar por el bulevar de La Vega. Pasaba por el edificio de correos y descansaba allí por unos minutos. En las ocasiones cuando pagaba los servicios domésticos, obedecía su prefigurado itinerario: las misma vías de acceso, el mismo orden —agua, luz, gas— procurando, en cada lugar, el mismo número de caja y, si se podía, el mismo dependiente. Y si tenía que ir a un lugar nuevo, prefería seguir primero su

ruta habitual y luego caminar a la coordenada inédita, aunque esto significaba más cansancio y nuevas grietas en los pies.

Alguna vez pensó que la línea que seguía era de su propiedad, una pieza de su entraña. «Sí, como una fotografía o una pintura íntima. Una realidad con detalles pero sin profundidad». Cuando pasaba por la esquina de Colorado y San José, sabía que tenía que rodear un hoyo en la acera; sin embargo, al pasarla, no recordaba qué personas habían andado por allí al mismo tiempo, qué voces o ruidos se escucharon. Concluía que tal vez todos, reclusos en su visión y su tiempo, ignoraban su derredor y a los que lo habitaban. Años pasaron para que pudiera memorizar los rasgos de la encargada de la biblioteca. Felipe solía acudir a leer cuando la necesidad se lo dictaba. Entraba siguiendo misteriosos impulsos y no miraba a los lados —una ancia-

na gobernando un escritorio, los carteles que anunciaban encuentros de ajedrez, pláticas sobre los poetas del principio de siglo, comunicados sociales— ni a los otros lectores, escasos, rostros sin facciones y sin voz. Caminaba por los pasillos preparando un momento de éxtasis, una intrincada y secreta revisión de volúmenes que si no coincidía siempre en el orden, sí en su número.

Así un día podía leer primero *Cantos de amor y de esperanza* de Rubén Darío, luego algunos poemas de Amado Nervo, luego pasajes de María, de Jorge Isacs, luego algunas rimas de Antonio Machado; sin embargo nunca se podía alterar la lectura final, esa que pensaba concretar desde horas antes cuando despertaba en la mañana y en el camino a la biblioteca y al ir tomando uno por uno de los libros anteriores. Así, con una emoción predestinada, el ansia que desaparecía en las

imágenes en blanco y negro, y Felipe revisitaba la vida del poeta Luis Martín Cervera, imaginando, reinventando, recreando pensamientos, deseos perdidos, recordando mensajes en su obra que pudieran ser revelados en la vida íntima del escritor.

Felipe nunca se preguntó si alguien más estaba interesado en ese volumen, nunca hasta esa tarde que lo buscó con una angustia indisoluble, con una necesidad casi vergonzante de ser confesada. Fue cuando empezó a desmoronarse y a tener que esperar a un observador, a un hacedor de su desequilibrio que rondaba, tal vez, con los ojos fijos en su espalda.

Cuatro días después del robo de la lámpara, por la mañana, Felipe encontró otro acontecimiento inusual. Al regresar por sus zapatos

que había llevado a reparar, se dio cuenta que ya otra persona los había recogido.

—No puede ser posible —le dijo al hombre del taller.

—Aquí en el libro de los recibos está muy claro. Fue ayer por la mañana. Pagaron la cuota.

—Debe haber una equivocación.

—No sé. Ayer yo debía haber estado aquí por la mañana. Recuerdo haber recibido sus zapatos de usted mismo la semana anterior. Pero bueno, ayer estuvo otro empleado en mi lugar. Aquél debió de haber cometido el error.

Rafael no dijo nada. Se quedó mirando los aparadores, la madera de mostrador que era viejísima y que nunca habían pintado, desgastada de los bordes, dejando sentir las líneas de la edad.

Así quedó inmóvil por unos momentos, luego salió. Caminó por el sol que se había vuelto medio día.

Desde años, la rutina de Felipe se había extendido hasta el vestido. En su armario, fija como una fotografía, tenía la ropa acomodada en conjuntos. Raramente aceptaba nuevas combinaciones; sin embargo en ocasiones usaba el mismo cambio por varios días consecutivos. En la noche lo colgaba en su lugar del armario y por la mañana lo volvía a descolgar sin recordar que el día anterior se lo había puesto.

El orden era inalterable. La camisa café con el pantalón de pliegues verde oliva; la camisa a cuadros con el suéter guinda y el pantalón de lana negro; la gabardina gris con la camisa blanca y el pantalón de pana café claro; la ropa interior de un solo color; los calcetines todos iguales.

Algo en la mente de Felipe se aferraba a la idea de que las prendas permanecían intactas todavía después de las puestas y lavadas.

Además, se empeñaba a que fuera así. Se movía con delicadeza, remendaba lo arruinado, y en el momento de desvestirse acomodaba de inmediato las prendas en su gancho.

Sin embargo el desgaste de los zapatos era algo inevitable. Pero Felipe no quería mortificarse por ello. Amoldados a sus pies, con la anchura exacta y el nivel adecuado del tacón, los zapatos eran renovados constantemente. Y eso le proporcionaba una secreta tranquilidad, algo que por naturaleza le debía despertar molestias pero que él había domesticado, vencido, transformado en un asunto que se podía olvidar.

Pero ahora, ácida, dolorosa, desconcertante, la incomodidad de perder los zapatos despertaba pensamientos que él creía muertos, apartados, superados, y que ahora se mostraban nítidos, observadores. No era perder las dos figuras de piel y plástico, sino ganar por

toda la epidermis una electricidad temerosa de estar solo, de reconocer el cambio y la posibilidad de desaparición. No era tener que arrancar de la memoria las negras vestiduras de los pies cansados, sino sembrar en la realidad alteraciones, eventos nuevos que eran como espejos reflejando los enteros días pasados, cada día más numerosos, más lejanos y separados entre sí, pero a la vez superpuestos y con un movimiento vertiginoso que creaban en el vacío figuras espantosas de aire que al final tomaban carne y nombre.

Su esposa lo había dejado indefenso en la media noche de un hospital, con una casa muy grande, antigua; su hija Amalia desde joven se había ido a Alemania, se había casado después, siendo su última noticia; su hijo Héctor había decidido perderse de su familia por creerla atadura para su homosexualidad; el resto de la familia, primos, tías, se habían ido

desapareciendo sin adioses ni tarjetas de días festivos; la secretaría del gobierno donde trabajaba lo había reducido a un número de nómina, alguien que recogía un cheque cada quince días.

Sin embargo había una idea que no quería completar. Una sensación que si dejaba que se concretara, podría inyectarlo de un veneno más terrible.

El hombre del taller había dicho que él había recibido los zapatos pero que otro los había entregado. Otro había cometido el error por la mañana.

«¿Qué estaba haciendo ayer por la mañana?», se preguntó Rafael. «¿Qué estaba haciendo?», se preguntó muchas veces y no se pudo responder.

Tres días después, un toquido perturbó su rutina nuevamente. Felipe estaba en la mece-

dora de la sala cuando un ruido procedente de la puerta se convirtió en una silueta oscura y borrosa, y que luego se esfumó en el momento en que Felipe se levantaba para abrir. Surgida del luminoso umbral, estaba un sobre con el nombre de Felipe Ángeles Cardoza, Calle Cepeda 52. No tenía remitente.

¿Cuánto tiempo había pasado sin que alguien le escribiera? ¿Meses? ¿Años?

Ante ese papel doblado y que sellaba aquello que no quería saber, se empezó a sentir humillado, vulnerable, minúsculo, incómodo. Se sentía temeroso ante esa cosa inanimada y sin voluntad que tenía en las manos, una jaula que, lo más seguro, encerraba algo monstruoso y destructivo.

En su memoria había algo relacionado con una carta, pero no podía precisar lo que era. A lo mejor eso que recordaba no tenía que ver con la carta y sí con la letra impresa en el

sobre. Acaso con las estampillas, o con los carteros, o con sus bolsas, sus escudos o sus gorras. No. Tal vez era con la oficina de correos, o con la falsa idea de creer que los demás estaban sólo interesados en su visión y su tiempo. Felipe había estado muchas veces por los mostradores de la oficina de correos, vagando, tratando de encontrar coherencia en ese escenario que no cambiaba nunca, y en esos momentos no había sospechado que Otro pudiera haber estado espiándolo, analizándolo, aprendiéndolo, acabándolo. ¿Sería ese Otro el autor de la carta? ¿La había entregado él mismo? ¿Estaba allá afuera esperando la reacción de su víctima? ¿Tendría los zapatos en la mano, la lámpara escondida en su recámara?

¿Quién podría ser ese otro? ¿Alguien conocido? ¿Algún cajero de la compañía de luz, gas o agua? ¿Alguno de sus viejos compañeros

de trabajo? ¿Acaso alguno de la biblioteca? ¿Un familiar? ¿Sería el cartero de la colonia, quien, al preguntarse por qué ese hombre nunca recibía correspondencia —a excepción de cobros y estados de cuenta— se había lanzado en tan terrible empresa? ¿Sería el zapatero? ¿O los dos empleados que trataban de conseguir algún dinero extra sin mucho trabajo?

Felipe empezó a trabajar en sus recuerdos. Se dijo que en uno de esos paseos por el correo había estado cerca de un buzón, que rememoraba un cartel de tarifas, un pasillo, una estampilla y haber escrito una carta. Sin embargo estas imágenes se implantaban tímidas en la memoria. Entonces Felipe se dio cuenta, al abrir la gaveta, que los cuadernos y las cajas de lápices habían desaparecido.

Dejó caer la carta, la cual fue a dar debajo de una silla. Minutos después, cuando Felipe

pasó por la sala, la carta estaba sobre la mesita de centro. El sobre ya estaba desgarrado, y estaba colocado bajo la cubierta tejida del pequeño mueble de madera. Así permanecería los siguientes días, los pocos que restaban.

¿Qué resultaba más humillante para Felipe? ¿Verse intimidado por otro, o sentirse conocido? ¿Lo denigraba darse cuenta que alguien lo leía como aquello que había llegado a ser, rituales infecundos, acciones estúpidas y sin sentido que lo des(hacían) en el presente? El Otro conocía con seguridad el terror que le había causado el mensaje de televisión, el uso repetitivo de la ropa...

En la calle, Felipe se sentía tan vulnerable. Le lastimaba haber olvidado sus anteojos. Qué inútil se descubría sin ellos, cuán perdido e incapaz al no poder reconocerse en las vidrieras. Le lastimaba el presente fractura-

do, su irrecuperable vida que no era más que el orden de tres o cuatro elementos sin sentido.

En la biblioteca, al no encontrar el volumen de las fotografías del escritor Luis Martín Cervera, se dio cuenta que ningún otro asidero lo podía rescatar del vacío de su existencia.

«El destino es algo ineludible. La vida acaba sin remedio», se dijo.

Entonces empezó a sentir un miedo nunca antes experimentado, un miedo que él imaginaba sólo similar al miedo de nacer. Un miedo que se manifestaba como unas ganas inmensas de dormir, llorar lágrimas de sangre, temer al canto de los gallos, a la mujer que venía a decirle que era hora de cerrar la biblioteca, que tenía que salirse ya para enfrentar los últimos rayos del sol, sentir en las pupilas el azul inexplicable que antecede a la

noche, el horrible blanco de las lámparas sobre las calles.

El tiempo fue cómplice y la noche un escenario. En una plaza desierta, Felipe descubrió, mientras daba unos pasos, que él mismo ya estaba sentado en una de las bancas. El otro, que era él, estaba allí con los ojos grises, con la camisa a cuadros, el suéter guinda y el pantalón de lana negro. Traía puestos los zapatos que había llevado al taller y escribía en un cuaderno como en los que solía hacer las cuentas.

—¿Eres tú? —le preguntó.

—¿Dónde has dejado la carta?

—Tú lo sabes. No tengo ningún secreto ya.

Al día siguiente, Felipe Ángeles Cardoza fue encontrado muerto a cuchilladas en la plaza del centro de la ciudad. Se especuló mucho sobre este asesinato, pues se encontró una

cartera con dinero en el pantalón de la víctima. Miguel Rodríguez, inspector de la policía del estado que investiga este caso, encontró una nota reveladora debajo del mantel de una mesita. Indicaba sin dudas un homicidio, sin embargo nunca se encontró al ejecutor.

La carta decía:

Mi muy estimado Felipe

Ángeles Cardoza:

Por medio de la presente le informo que lo voy a matar. Como ya se habrá dado cuenta lo conozco muy bien. He tomado dos o tres cosas de su pertenencia con el propósito de destruirlo. No sabe cuánta tristeza despierta usted a mi vida.

Lo observo día y noche, y sé que aparte del miedo que yo le he infundi-

do por medio de mis hurtos, usted teme morir solo en su casa. El alemán y su cuenta de banco como una botella que un náufrago lanza al mar. Así que le daré la oportunidad de matarlo de la manera que ha usted mejor le parezca. Si ha creído que usted hacía esos objetos y acciones —sin sospechar que eran estos los que lo hacían en este mundo— no creo que no pueda hacer este último esfuerzo. Ese será mi regalo, un regalo de humanidad.

Cuando el blanco y negro se ausente, usted sabrá que el momento ha llegado.

Me despido con el deseo de su esperanza.

D

Esta edición no comercial de
Redes, blanco y negro, obra de Fernando
Fabio Sánchez, se terminó de editar el 30
de septiembre de 2003 en el equipo de
Iberia Editorial, Torreón, Coahuila,
irritililla2001@yahoo.com.mx



